

mente dichosos. Paralizase vuestro corazón siempre que lo ponéis en contacto con cualquiera cosa distinta de aquellas á que es sensible, esto es, la oración y Jesús sacramentado, pues os ha dado Dios un corazón semejante á la sensitiva, que sólo puede sufrir el contacto del sol y del rocío celeste, y para todo lo demás se cierra.

Sed, pues, hombres de adoración; tened espíritu de oración; amad la adoración y llegaos á ella con alegría, como al banquete de los cielos, y entonces seréis felices y serviréis al Señor con la alegría en el corazón. ¡Ah! ¡Contentaos con Jesús sacramentado!



LA CARIDAD FRATERNA

PERMANECED con Dios para conocer su bondad; permaneced en el propio recogimiento para que conozcáis vuestra miseria y os despreciéis: estas son las dos fuentes de la caridad fraterna y el secreto para amar á los hermanos.

La caridad fraterna es la virtud predilecta de nuestro Señor, que caracterizó con ella á sus verdaderos discípulos: «Conocerán que sois mis discípulos si os amáis unos á otros.»

Ella es toda la ley, dice San Juan; quien la practica es buen religioso, pues la caridad sola basta, como que es el precepto del Señor.

Quien ama á su hermano ama á Dios, pues nuestro Señor transfiere al prójimo los derechos que tiene á nuestro amor; y si al prójimo á quien vemos no amamos, ¿cómo amaremos á Dios, á quien no vemos?

Jesucristo llama á la caridad precepto nuevo, pues aunque antes de su venida era un deber el amor, sin embargo, como el hombre no había visto el amor del Salvador, desconocía lo que era amarse sobrenaturalmente unos á otros; pero desde que se hizo her-

mano nuestro y murió por nosotros, sabemos lo que debemos á todos los hombres, que en él han llegado á ser hermanos nuestros.

Pero todavía se impone más la caridad fraterna á los que vivimos en el Santísimo Sacramento, porque aquélla es el código de la Cena y la virtud de la Eucaristía.

¿Cuáles son, pues, los caracteres de la caridad fraterna? Los mismos que los del amor de nuestro Señor á nosotros.

Desde luego nos ha amado nuestro Señor por nosotros y no por Él: el amor que ama para sí á los otros, es solamente egoísmo.—Así, pues, hay que amar á nuestros hermanos por su bien espiritual y aun por su bien temporal, según la caridad lo pida: tal es el amor puro y sobrenatural.

A nuestros hermanos con quienes vivimos debemos amarlos más que á todos en el mundo: «El que no ama á los suyos es peor que un infiel.»—Debe nuestra caridad extenderse al cuerpo y al alma de nuestro hermano, porque ha entregado á la Congregación su alma y su cuerpo.—Respecto á su alma, estáis obligados á orar por ella y á evitar, siempre que podáis, la falta que vaya á cometer. Amar á las almas é impedir las ofensas á nuestro Señor es lo que aviva el celo de los apóstoles y de los buenos sacerdotes; de modo que nada glorifica tanto á nuestro Señor, fuera del servicio de su persona, como la caridad espiritual que tenemos para nuestros hermanos; de lo cual son dos los frutos que resultan para su gloria: el del acto que ejecutáis y el del hermano cuya caída impedís.

Es admirable el poderío de la caridad fraterna, pues jamás trabaja en vano ni aun cuando deja de

conseguir lo que desea; de modo que si intentasteis realizar un bien, aunque no lo lograsteis, el mérito recae en vosotros: así es como en el cielo son recompensados los Santos hasta por el bien que causaron á las almas que á pesar de aquellos auxilios se condenaron.—Por esta misma razón, el Superior que emplea todo su celo en hacer practicar la regla tiene el mismo mérito, ya sea que sus religiosos le escuchen, ya sea que no le escuchen. Siempre es bueno dar limosna, aunque el desgraciado se sirva de ella para una obra mala.

¡Tened, pues, caridad con vuestros hermanos, y sea para ellos vuestro primer amor!—Gran desgracia sería que tuvieseis más caridad para con los que están á la puerta que para con los de la familia.—Al prójimo sólo os debéis en los límites de vuestra misión y no según toda la extensión de que la caridad es susceptible.

En vuestras oraciones sí, sed universales; pero en la acción limitaos á los términos de la obediencia.—Y sin embargo, en vuestras oraciones debéis anteponer á todo vuestra familia eucarística; aun vuestros mismos padres vienen después de ésta, pues más pertenecéis á vuestra familia según la gracia que á vuestra familia según la carne, y á la primera os debéis por el sacrificio de la segunda. Ya sé que el corazón guardará más sentimiento natural por la madre que os dió á luz; mas los primeros sentimientos de la gracia, el primer amor sobrenatural, deben ser para la Congregación vuestra madre adoptiva. Vuestro corazón debe estar donde vuestras relaciones y vuestra vida. «Para unirse á su esposa, el hombre dejará á su padre y á su madre,» dice el Señor; por lo tanto, posponedlo todo á

la Congregación, supuesto que con ella os habéis desposado.

Dad la oración al alma de vuestros padres, porque tal es el deber de la gratitud; pero en cuanto á lo temporal no os ocupéis más de ellos, y digaos la obediencia lo que se deba hacer en caso necesario.

Igualmente habéis renunciado á la caridad individual respecto á los pobres, pues todo lo que podéis hacer es acordaros en presencia de Dios de los desgraciados.—Gran sacrificio hay en no poder dar; siéntenlo intensamente los que tenían la costumbre de dar limosna. Dejad, pues, que clamen contra vosotros vuestro corazón y el mundo, pues pobres sois y no podéis disponer ni de un óbolo siquiera. Para cumplir con el precepto, el Superior dará limosna en nombre vuestro.

En cuanto á vosotros, recordad que es un mal todo bien que Dios no pide, y que vuestro voto se opone á la liberalidad. Así, pues, vuestros hermanos ante todo.

Ahora, amadlos por puro amor de Dios y de ellos mismos en Dios, y no por ganar su reconocimiento y reciprocidad. Servidlos por cuantos modos podáis en la orden, y sea éste el único motivo de cuantos servicios prestéis. Por lo cual no os quejaréis en caso de que no se os muestren agradecidos. ¿Lo hicisteis para que os lo agradecieran? Y si lo hicisteis por Dios, ¿qué os importa que os den gracias los hombres?—Hicisteis lo que debíais, y fuera destruir vuestra caridad y privar á Dios de su gloria el querer obtener por aquella acción algún pago personal.—Hasta llego á decir que si os demostrasen demasiado reconocimiento deberíais tomarlo como á injuria, porque no otra cosa hicisteis que vuestro deber al prestar aquel servicio.

Vuestra caridad ha de extenderse á todos vuestros hermanos sin distinción, pues todos son hermanos vuestros, con iguales derechos á vuestro afecto, si bien no á todos debéis las mismas demostraciones exteriores. Los sacerdotes, por su carácter, tienen derecho á más respeto y honor; pues como sacerdotes que son, representan al sumo sacerdote Jesucristo, por lo cual les debéis profundísimo respeto; y aunque son buenos para vosotros y os tratan con condescendencia, conviene que nunca al lego se le ocurra igualarse al sacerdote y tratarle con familiaridad. Por manera que no los miraréis como á camaradas, sino como á superiores vuestros.—Permaneced en vuestro sitio, y si se tiene á bien el descender hasta vosotros, que esto no os sirva sino para bajar más todavía.

Otro carácter de la caridad de nuestro Señor es la humildad, por la que no se consideraba sino como servidor de sus Apóstoles.—Nunca os sobrepongáis á los demás ni os creáis jamás superiores á ellos por vuestra ciencia ó virtudes.

Nuestro Señor trataba á sus Apóstoles con respeto, porque la caridad debe ser respetuosa, así como la familiaridad indica orgullo y menosprecio.—Cuando era necesario, reprendía nuestro Señor á sus Apóstoles y dábales advertencias propias para su corrección; mas cuando los reprendía, nunca los rebajaba. Enseñábales á respetarse recíprocamente; si con frecuencia les decía que los amaba, era con el designio de que viesen los unos en los otros los objetos de su amor, sus amigos privilegiados.—Os lo repito; la caridad que no honra es orgullo, y se erige un trono sobre el abatimiento de los demás.

Tal vez vuestro hermano tiene menos cualidades

de ciencia y virtud que vosotros, y en eso os debe respeto; pero ¿querriais por esta causa un puesto superior al suyo y le tratariais con altivez? Cosa es ésta natural y mundana; por lo cual, si aspiráis á establecer personalidades, hay que atenerse á la superioridad que se tenga, mas entonces no es el amor quien os guía, sino el puntillo de honra del mundo, y aquí no se trata de eso.

Cierto que, en lo que atañe al orden, hay que observar la ley de precedencias; mas esto no se hace en atención á las personas, sino á la dignidad y conservación del orden: así en el cielo hay jerarquías establecidas por Dios mismo, y en la Iglesia por nuestro Señor. Fuera de esto, os ruego que no alimentéis esas susceptibilidades que nos traen el tufillo de la ambición y vanidad del mundo, y muy lejos de eso, el honor se tribute con júbilo por cada uno y por nadie sea pretendido. Honrad aun al menor de vuestros hermanos con amor sencillo y cordial, que no sea proporcionado á sus cualidades ni á vuestra simpatía, pues todo esto es humano.

Lo que en él debéis honrar es la gracia que Jesucristo ha puesto en su alma, es su vocación al servicio del mismo Rey, es al mismo Jesucristo que en él habita y á él viene por la comunión; y como Jesucristo honra á vuestro hermano, honradle también vosotros. — Al mismo Señor sirve que vosotros, y si en él se ven apariencias de virtudes, debéis creer que en realidad las posee; pues á creerlo os compele la conciencia por un deber de justicia.

En verdad que ese humilde hermano, ese ignorante, tal vez estará mucho más alto que vosotros en la gloria: honrad en él al futuro príncipe de la gloria de Dios; y aunque no fuese más que relicario

de Jesucristo que ha venido á su corazón, ¿no sería esto bastante para rodearle de estimación y respeto?

La caridad también debe ser abnegada. — No es suficiente honrar, se necesita también socorrer, dedicarse á las almas de los hermanos, orar con frecuencia para que sean más santos y lleguen á la perfección. Cuando en alguno de ellos nos muestra Dios un defecto, es para que le corriamos, á lo menos por la oración, por lo cual faltamos á la caridad si no lo hacemos en la medida de nuestras fuerzas.

En cuanto á la caridad exterior, sus deberes están determinados por el reglamento: si tenéis que cuidar, ayudar ó instruir, practicadlo con abnegación: si estáis adjunto á uno de vuestros hermanos en un empleo que está á su cargo, quedáis de inferior suyo y le debéis sumisión en todo lo que atañe á tal empleo.

Por lo que respecta á las almas de fuera, hay que consagrarse á ellas, pero en la oración; conviene tener un corazón universal y amar á las almas y trabajar en su salvación, pero mediante el apostolado de la oración especialmente, y de la mortificación, por ser más fructuoso que el de la palabra, como que es principio del martirio y caridad perfecta. Se observa que algunas personas entran en religión para ser víctimas por las almas, y con su inmolación convierten más que todos los predicadores: son intermediarios para la salvación.

Practicad, por consiguiente, la caridad siempre y en todo, ya que las ocasiones para ello son innumerables; y si no se presentan, buscadlas. — Cuando os halléis en presencia de dos buenas obras libres, una personal y de caridad la otra, ejecutad esta última, porque tiene doble mérito.

Mas, sobre todo, repito que vuestra caridad sea humilde; pues la orgullosa es egoísmo ó caridad forzada.

Efectuad esta indagación: ¿Soy caritativo sobrenaturalmente? ¿Honro á mis hermanos cuando ejerzo en ellos mi caridad? ¿Soy abnegado en beneficio de ellos?

¡Cuántos pecados se cometen contra la caridad! En los pensamientos, con los juicios temerarios. ¡Tened en cuenta que lo que más fatiga al morir, después de los pensamientos contra la castidad, es el recuerdo de los pensamientos contra la caridad! ¿Quién os ha hecho juez de vuestros hermanos? Esta inquietud en la hora de la muerte es la pena que, aun desde el mundo, sufren siempre, según San Vicente Ferrer, los pecados de esta clase. — Los primeros movimientos del juicio temerario nada son; pero detenerse en ellos, consentirlos, ya es ser en el corazón homicida de su hermano.

Después por las palabras. — ¡Oh cuántas faltas tienen que reprenderse en esta materia las almas piadosas y religiosas!

También hay contra la caridad pecados por acción y por omisión: examinémonos detenidamente acerca de esto y adoptemos los medios de corregirnos.

El que no peca contra el prójimo, casi tampoco peca contra Dios, porque el amor es uno solo, por más que tenga dos objetos y como dos canales.



DE LA SENCILLEZ

El justo procede con sencillez y el impío fraudulentamente.

Mucho os aconsejo que convirtáis la sencillez en la forma y en el fondo de vuestra vida, pues esta virtud fué preconizada por nuestro Señor: «Si no os hicieréis como estos pequeñuelos, no recibiréis el reino de Dios.» Dicha virtud es la forma y vestidura de la humildad y aquella pobreza de espíritu que el divino Maestro llamó bienaventurada.

Si os habéis dado á nuestro Señor para no tener en adelante personalidad, debéis ser sencillos como el pequeñuelo que, llevado de la mano, nada hace sino por medio de su madre. Nuestro Señor será vuestra prudencia y sabiduría.

Un carácter de la santidad es la sencillez, así como la doblez es uno de los principales signos de la decadencia espiritual.

Para santificarse y ser dichoso en la vida de oración y de regla que hemos abrazado, se necesita ser sencillo.

I. Sencillo primeramente con Dios. — «El que camina con sencillez camina con confianza», — dice el Espíritu Santo. — Cabalmente esta sencillez con Dios

es la confianza con que un alma se pone en las manos de Dios, porque conoce su bondad. Así es que se abandona á su omnimoda voluntad y en modo alguno se inquieta por cuanto pueda acaecerle. Únicamente ve en las personas y en los más diversos acontecimientos la voluntad de Dios y esta unidad de mira es ya para esa alma santidad insigne, por que todo se lo manifiesta con una sola mirada, y por nada se sorprende.

Quando un alma se turba y desalienta, deja de ser sencilla; es que ha mirado hacia sus pies, en vez de mirar siempre hacia encima de su cabeza. Es necesario ser como el niño sencillo y cándido que nada encubre y hace todo lo que su madre quiere, sin pensar si es bueno ó malo, y ni más ni menos que por quererlo su madre.—¿Por qué, de igual manera, no pensáis que Dios es bueno, que quiere vuestro bien y que de ningún modo le glorificaríais mejor que cumpliendo su voluntad?

Quando se tiene esta sencillez, todo parece posible y nada es trabajoso, con tal que Dios lo quiera.

II. Sencillos con vuestros Superiores, á fin de que no lleven su carga pesarosos, porque esto no redundará en ventaja vuestra.

Un superior es pastor y tiene cargo de almas, por lo cual responde de vuestra vida y de vuestras almas. Aligeradle ese peso para que pueda dirigirse á vosotros sin recelo de que sus órdenes ó exhortaciones sean mal recibidas, tergiversadas y en disposición de producir por consiguiente más perjuicio que beneficio.

Tengo observado que cuando los miembros de una Comunidad no se muestran sencillos con sus Superiores, Dios no la bendice; porque, no lo ignoréis,

Dios bendice á un Superior más que á todos los religiosos, y sólo en él bendice á éstos. Todas las gracias están depositadas en él, que es la cabeza, para esparcirse sobre los miembros como el óleo de la unción fluyó desde la cabeza de Aarón hasta el borde de su manto; y, por el contrario, nunca bendice á los religiosos que se oponen á su Superior en asuntos de su cargo ú obligación. Harto comprendéis que Dios viene á ser siempre uno mismo con aquél, y que no ha de obrar en contra del que por Él ha sido instituido para que le represente.

¡Ay, hermanos míos! ¡Qué pena es ser Superior! Menester es que sea nuestro Señor quien os clave sobre tal cruz; porque á menos de ser uno un orgulloso devorado por el deseo de figurar ó un avaro que á toda costa quiera manejar algunos céntimos, nadie se atreviera á desear semejante cargo.—El cual desde lejos acaso es bonito, pero de cerca varía. Si hay algún ser desgraciado es el Superior, que ni de un momento dispone en que saborear la dicha de la paz; es de todos y de nadie; tiene que inmolarse sobre su pesada cruz.

¡Pero, en cambio, tiene honores! — ¿Qué honores? ¡Ah! ¡Si supierais el caso que hacen de esos honores los Superiores generales que gobiernan las grandes Ordenes, y que mandan sobre legiones de religiosos, á la vez que ocupan posición tan eminente en Roma y en la Iglesia!—No: allí no están sino para ver miserias y recibir solamente coronas de espinas. ¿Y todos esos cuidados y tantas penas pueden comunicarse á alguien, buscando algún alivio en la confianza? Es necesario sofocarlos en el corazón y pedir á Dios.

Lejos de envidiar jamás á vuestros Superiores,

compadecedlos, pues están cargados con vuestra propia responsabilidad, y en el día del juicio tendrán que responder por vosotros.—Desear un cargo es haber perdido la cabeza.

Honrad á vuestros Superiores con sencillez, sin lisonjearlos; pues el lisonjero insulta ó desprecia al que es objeto de su adulación. Quienquiera que seáis, sed siempre sencillos con ellos, pues la sencillez pertenece al genio, así como la falsa ciencia se hincha. Creedme: sed sencillos como niños, pues aunque en muchas cosas fueseis más sabios que vuestro Superior, jamás lo seríais en la ciencia de su cargo. Los Superiores reciben de Dios dones particularísimos, y especialmente el de penetrar en los corazones, pues no parece sino que Dios les otorga el privilegio que el amor materno tiene de adivinar el corazón de su hijo. Así es como la mayor parte de las veces sé lo que pensáis, en qué estado os halláis y qué queréis, antes de que lleguéis á decírmelo.

Sed con ellos sencillos en las relaciones de la vida; sed hijos para quien es vuestro padre. Muchos carecen de sencillez y no se atreven á decir sus necesidades y penas, y, ó las ocultan, ó solo dicen de ellas la mitad; pero Dios, suma bondad, se lo refiere todo al Superior. — El cual tiene gracias generales para toda su familia, y de Dios no se reciben sino en proporción de la confianza que en su representante se deposita. Conque así, pedid con sencillez. — Antes de pedir lo que quiera que sea, examinad si el Superior podrá concederos lo que pedís sin lesionar los derechos de la regla ni constituir una excepción ni singularidad en provecho vuestro; interrogad luego á nuestro Señor si vuestro deseo es conforme á su Corazón, y después que hayáis orado, si per-

siste vuestro deseo, ¡oh, sí! venid confiadamente y exponedlo con sencillez, pues Dios inspirará á su servidor para que provea rectamente: si vaciláis, si tenéis miedo, sois un extraño, no un hijo de la familia. Sabed que el Superior quisiera siempre acceder, porque es el padre y padece cuando rehusa; pero ¿debe hacerlo cuando se le pide algún capricho que pudiera perjudicaros, ó que se opondría al bien general? El concederlo sería cometer una falta que tendría que expiar en el purgatorio.

Cuando estéis en el recreo y se acerque el Superior, continuad, después de saludarle, la conversación sobre el mismo asunto de que se hablaba; lo cual le interesará, como padre que es, deseoso de gozar de la misma ventura que sus hijos; porque si la interrumpís ó variáis, dais una prueba de que decíais cosas que no queréis que él escuche: ¿tan malas eran?

Con que ya veis que la sencillez con los Superiores causa la felicidad, pues la familia tiene su centro, y así como la fuerza del diamante se origina de la cohesión de sus moléculas, la Comunidad en que los inferiores están unidos á sus Superiores resiste á todas las tentativas de disolución que forja el demonio.

Oid bien esto: nunca hagáis ni escuchéis críticas de los actos de vuestros Superiores, cualesquiera que sean; y aun cuando vuestros Superiores tuviesen todos los defectos del mundo, orad, sufrid, jamás juzguéis; Jesús Sacramentado resolverá lo más conveniente, sin necesidad de que hiráis en el corazón á la vida de obediencia.

¡Oh! Por desgracia siempre hay en las casas de religión personas que arrojen la zizaña censurando á los Superiores. — Quienquiera que seáis, si ante

vosotros criticar, protestar, imponer silencio al que habla, aunque fuese sacerdote, sabio ó eminente por todo linaje de cualidades. No permitáis que toda una Asociación perezca á causa del orgullo ó descontento de uno solo, como suele acontecer. Trata Dios á los súbditos como éstos á sus Superiores: á tales subordinados, tal Superior; no les da sino lo que merecen; por manera que si tenéis un mal Superior, es que lo habéis merecido. Modificaos, sed humildes y sumisos, y Dios os dará un padre.

¡Oh! Yo os lo ruego; jamás toleréis la crítica en vuestra presencia. Recordad el admirable comportamiento de Constantino, negándose á juzgar á los Obispos acusados ante él. — El que curiosamente escudriña la majestad, aplastado caerá bajo su peso; es decir: quien indaga y escucha los defectos de la autoridad, será maldito de Dios, como Caín lo fué por Noé.

La experiencia ha comprobado que nunca Dios bendijo á un religioso que no procediera con sencillez en presencia de su Superior; y cuanto éste sea más subalterno, menos sabio ó notado por sus cualidades naturales, mayor es la ofensa y más terrible será la venganza, porque Dios protege con preferencia á los débiles.

III. Sed sencillos entre los hermanos y con vosotros mismos. De la verdad dimana la caridad; nunca, ni aun en broma, mintáis, recordando que á nuestro Señor le horrorizan el fingimiento y la mentira.

Amaos y respetaos como hermanos, y nunca en vuestras conversaciones éntre la crítica del prójimo; no sean vuestros ojos de los que sólo miran los defectos, sino que vuestra mirada sea sencilla: toca á Dios y al Superior el ver los defectos y el discernir

nir entre ovejas y machos cabríos. — Sed de continuo sencillos entre vosotros, diciendo con sencillez lo que pensáis, delante de todos, sin apartes ni corrillos: la sencillez de la paloma es el lazo de la paz.

Exceptúo las relaciones con los extraños, en las cuales se necesita la astucia de la serpiente. Á los extraños nunca digáis las cosas de la casa, pues quien cuenta á todos los secretos de la familia, es un perturbador. Hay que tener discreción, pues no se puede hacer traición á la autoridad, y la indiscreción es imperdonable. El que no sabe ser discreto, es un vanidoso á quien con sutileza le sacan su secreto entre lisonjas. Escuchad, hablad poco, edificad exteriormente con vuestro silencio; sed decorosos y corteses; sed nobles por vuestro comportamiento, ya que vuestra vocación os ha ennoblecido; sean vuestras maneras tales, que honren y muevan á honrar vuestro carácter, sin afectación ni amaramiento, sino con la verdadera caridad sobrenatural que da origen á la urbanidad y á la dignidad en las relaciones.

Sed humildes y dulces con todos, y dejad al mundo hablar si no os encuentra bastante amables para su gusto.

¿Pretendéis algo fuera de Jesús Sacramentado? Pues ¿qué os importa todo lo demás?

¡Bienaventurados los sencillos que poseen á Dios, su gracia y su poder de acción!

